

2. LA EDUCACIÓN COMO PROYECTO POLÍTICO

Huele esta tierra fresca, hermano mío,
maestro.

Es poderosa y dulce entre las manos.
Quiere escaparse, a veces, cual si estuviera
viva.

Es tierra americana, de Costa Rica, tierra
que bosteza de noche pidiendo más semi-
llas, más arados, más brazos, más ternura.
Hermano mío, maestro, los hombres todos
somos las semillas del mundo.

JORGE DEBRAVO

Gutiérrez, F. (2002). La educación como proyecto político – Proyecto pedagógico alternativo. Capítulo En *Educación como praxis política* (p. 63-70). México: Siglo xxi editores, s.a. de c.v. ISBN 968-23-1308-2.

I. PROYECTO PEDAGÓGICO ALTERNATIVO

La paradoja es que una mejora sustancial del funcionamiento y rendimiento del sistema de enseñanza sería, en nuestro sistema socioeconómico, una verdadera catástrofe social.

NATANSON

Por proyecto alternativo en educación entendemos la transformación radical de los sistemas de enseñanza de modo que se posibilite la “creación de una cultura alternativa, como expresión de un hombre nuevo”.¹ Se ha afirmado que “es im-

¹ G. Girardi, *Por una pedagogía revolucionaria*, Barcelona, Laia, 1977, p. 86.

posible transformar el sistema educativo desde su interior. Sólo una transformación del sistema económico, social y político podrá desembocar en un sistema escolar diferente. Esto aun admitiendo la autonomía relativa del sistema escolar".

Nosotros mantenemos la tesis de que ambos procesos tendrán que darse por la interrelación y dependencia que guardan entre sí. Ni un hombre nuevo sin el cambio de estructuras sociales, ni el cambio de estructuras sociales sin la formación del hombre que requiere esa nueva sociedad. Una conciencia nueva y un nuevo comportamiento social, sólo pueden darse en y con la recreación de un nuevo orden social. Con Garaudy² podemos repetir que una revolución no puede definirse sólo por el cambio de estructuras, sino también por el cambio de los hombres.

Por eso es que todo proyecto alternativo en educación debe contemplar este doble objetivo. Marx dijo que "los hombres son producto de las circunstancias y de la educación y que, por lo tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta. Pero no se debe olvidar que las circunstancias son cambiadas precisamente por los hombres

² "Cambiad primero al hombre y transformaréis después las estructuras (veinte siglos de fracaso de prédica cristiana han demostrado la impotencia de este método), o bien, cambiad las estructuras y veréis automáticamente nacer un hombre nuevo (medio siglo de experiencias históricas nos obligan a reconocer que no basta abolir la propiedad privada de los medios de producción y transferir el poder a un partido comunista para que se realice una democracia socialista, para que aparezca un hombre nuevo y una nueva cultura, un nuevo proyecto de civilización)" (R. Garaudy).

Juan Pablo II en la *Laborem exercens* asegura también que el mero paso de los medios de producción a propiedad del Estado, dentro del sistema colectivista, no equivale ciertamente a la "socialización de esta propiedad".

y que el propio educador necesita ser educado".³

El proyecto educativo por ser también político, de alguna manera tiene que impulsar la concreción del proyecto histórico nacional. Los acontecimientos sociopolíticos de los países del tercer mundo demuestran que la "armonía" y el "orden" sociales tan firmemente defendidos por algunos grupos de poder son rechazados, incluso violentamente, por otros sectores, por haber llegado a la comprobación de que dicho "orden" no es sino la forma de encubrir las injusticias, la explotación y la corrupción.

Desde esta misma perspectiva también en los educadores se está dando una toma de conciencia, tanto individual como gremialmente, aunque en forma bastante lenta debido al mítico conformismo y a la sumisión acrítica que, como funcionarios, mantienen muchos docentes respecto a las políticas de gobierno.

Los políticos saben, también, que la politización de las masas populares es un fenómeno que, gracias a las mismas contradicciones del sistema, tiende a incrementarse y en consecuencia a ser una fuerza que influye —o debería influir— en la elaboración y ejecución de los programas de gobierno. En este compromiso histórico, los educadores —mucho más que otros profesionales— están llamados, por vocación, a cumplir con una tarea decisiva.

Pero a nadie se le escapan las grandes dificultades que se dan en la práctica para hacer efectiva esta participación política. Una primera dificultad que debe ser superada es la toma de

³ K. Marx, citado por Theo Dietrich en *Pedagogía socialista*, Salamanca, Ed. Sígame, 1976.

conciencia de que su labor como educadores es una de las formas de politización más efectiva. Por otra parte esa concientización no es, ni puede ser, fruto del espontaneísmo o el voluntarismo, sino consecuencia de la participación y organización políticas. Estos dos requisitos son previos tanto para la elaboración como para la ejecución de un proyecto alternativo.

La acción educativa que el proyecto encierra, tiene como meta la preparación y capacitación política de los ciudadanos de la nueva sociedad. Recrear hombres nuevos, críticos, inconformes y creativos es preparar las condiciones que harán posible nuevas estructuras sociales. Esto hace que lo que interese en el proyecto alternativo no sea tanto el de recrear nuevas formas pedagógicas cuanto nuevas metas sociales.

Educar ya no consistirá en adaptar el niño al "orden" existente sino, por el contrario, colaborar para que por medio de respuestas creativas pueda resolver las contradicciones que obstaculizan la conquista de una sociedad diferente. No se buscará cómo "aprender a ser" y cómo adaptarse a una sociedad hecha, sino más bien cómo "llegar a ser" en una sociedad que está por hacerse.

Este hacer político-pedagógico inherente al proyecto alternativo es trascender la "racionalidad" de nuestra sociedad "irracional". Éste es el motivo por el cual en el proyecto han de preocuparnos mucho más los fines que los medios. Antes que el cómo, debemos definir el porqué y el para qué. En otras palabras, hemos de principiar por precisar qué tipo de hombre interesa educar y la sociedad que debemos impulsar.

He aquí los dos nortes de toda alternativa.

Delineados estos objetivos fundamentales se podrán concretar los medios, los recursos y las particularidades exigidos en cada caso. Es lo que en este ensayo llamamos las características del proyecto y las que a nuestro entender constituyen las modalidades de la nueva educación.

Estas características concuerdan plenamente con los principios políticos enunciados en el capítulo anterior. Así, por ejemplo, si queremos educar para la democracia es imprescindible que el estudiante viva en una institución en la que realmente se den relaciones democráticas y participativas; si buscamos educar para la producción, la escuela tiene que ser productiva; si deseamos educar para la libertad es necesario un clima de libertad. De igual manera, hemos de educar en la autogestión, en la comunicación dialógica, en la creatividad, en la justicia y en la esperanza.

En educación es necesario ser congruentes. No debemos predicar doctrinas que "se dan de patadas" con lo que la sociedad practica y con lo que inculca la propia escuela. De muy poco serviría una gran precisión en los medios si no tuviéramos claridad y coherencia de esos medios con los grandes objetivos del proyecto. Sabemos que modificar la escuela actual —sin cambiar los objetivos— es hacerla más eficiente y en consecuencia servidora más fiel de la estructura social. La modificación más importante no tiene que ver con programas, ni con medidas administrativas, sino con aquellos elementos capaces de generar nuevas y significativas relaciones sociales.

En otras palabras, el énfasis del cambio no ha

de ser puesto en la escuela en sí, sino en aquello que pueda modificar las relaciones estructurales de la sociedad. En síntesis, se trata de cómo hacer de la escuela un instrumento lo más eficiente posible para llevar a cabo los grandes objetivos del proyecto histórico global.

Si hablamos de cambio de relaciones —escuela-sociedad— es porque estamos convencidos del poco o ningún valor de una alternativa pedagógica, con la que, por lo menos en parte, no lograríamos modificar las relaciones sociales; de la misma manera que desconfiamos de todo cambio social que no esté acompañado de una alternativa pedagógica que garantice un proceso educativo cada vez más participativo y democrático.

Impulsar, en las actuales circunstancias, un proyecto alternativo con las características político-educativas que aquí señalamos, les resultará a muchos educadores poco menos que imposible. Otros lo encontrarán utópico, ojalá que en el buen sentido del término. Porque no podemos perder de vista que todo cambio —todo proceso revolucionario— antes de plasmarse en realidad es utopía. En todo movimiento de renovación, dice Tonucci, hay un matiz de utopía y la esperanza es que utopía y realidad se acerquen lo más posible.

Los educadores estamos llamados a producir este acercamiento. Ningún otro trabajador social tiene tantas oportunidades de hacerlo. Por eso es que sin visión de utopía y sin compromiso el proceso educativo desemboca en una espiral de esterilidad y descomposición, ante las cuales ninguna “reforma educativa” ha tenido ni tendrá capacidad remedial. La meta utópica del pro-

yecto alternativo no debe confundirse con la “utopía” de algunas experiencias educativas, tipo Summerhill, que pretenden acabar con los males sociales subsanando algunas de las incoherencias pedagógicas de la escuela.

En este ensayo mantenemos la hipótesis de que los educadores, como instrumentos de la “política educativa” de las clases dirigentes, carecen de proyecto propio. Según les afecten, respaldan o critican las diferentes reformas ministeriales. Por este desgaste pareciera que ni siquiera poseen ya la fuerza para generar un proyecto alternativo que, nacido y organizado en las bases propias de su trabajo, venga a darle a la educación la dimensión política de que carece. La verdad es que en nuestros países el proyecto alternativo está por nacer. Nacerá el día en que los educadores, convencidos de que la educación más que problema técnico es político, tomen la opción de resolverlo políticamente. Esta decisión no puede esperar más tiempo si se tiene en cuenta que la preocupación educativa de los políticos no va más allá de respuestas inmediatistas que apuntan exclusivamente a la solución de los aspectos cuantitativos. Dichas respuestas, totalmente lineales y políticamente condicionadas, no hacen sino agrandar y complicar el aparato escolar ya de por sí prácticamente inmanejable.

Del proyecto alternativo depende en gran medida la recreación cultural del país, así como la transformación del propio sistema educativo; esto por cuanto todo proyecto alternativo que se concreta en apoyo de las nuevas estructuras sociales lleva para los educadores un poder de convencimiento muy grande.

Las posibilidades de cambio de un proyecto alternativo son realmente enormes si se tiene en cuenta el gran poder de convencimiento de sus resultados sobre los propios educadores. La dificultad no viene de los maestros —“valerosos esclavos de nuestra sociedad, condenados a perpetuar el mismo sistema del que son víctimas”—⁴ y ni siquiera de los que no creen, sino de los que sí creen que la educación es una poderosa palanca del cambio social. La experiencia de todos los días y en todos los países demuestra que mientras una “reforma educativa” no modifique las estructuras, contará siempre con la aprobación y el apoyo de los grupos de poder, no así cuando implique y genere una alternativa de participación política.